

## Kairós

*Por Iñaki Iglesias*

Nunca es el momento perfecto.

Ese giro de cuerda queda torcido. Ese último azote se desvía, golpeando más en la lumbar que en las nalgas. Las esposas aprietan más de lo que deberían. El látex se ha arrugado. La última respuesta, más que ingeniosa y excitante, ha sido torpe y apresurada.

Todo buen estratega de la historia de la humanidad sabe que hasta el más meticuloso de los planes se va al garete en el momento que empieza la batalla. En las escaramuzas es lógico que la cosa se vaya de madres: tus colegas de la bolera y tú os arrojáis para pegaros en la cara con los mamarrachos del uniforme raro en ese claro del bosque lleno de arbustos, y da gracias si habéis podido llegar a pensar con tanta antelación. Pero, ¿una batalla? Debería ser orden, disciplina, movimientos maestros ejecutados por una mente brillante que observa el ir y venir de la sangre y las espadas desde una colina privilegiada. La mitad de las veces, en cambio, acaba siendo lo mismo que una escaramuza, pero glorificado. Todo buen estratega de la historia de la humanidad sabe que lo peor de cualquier táctica militar es llevarla a cabo.

Lo sé. He hablado con varios de ellos.

Todos unos muermos, por cierto. Menos Rommel, qué cachondeo de tío, pero vaya, a Rommel le faltaba un hervor.

La estrategia es preciosa. Limpia, estructurada, ordenada, clara y concisa. Una flecha aquí. Otra flecha allá. Unas cuantas fichas para representar cuánta caballería tienes en reserva. Un mapa con las especificaciones concretas de todos los accidentes de terreno de la zona. Una previsión meteorológica precisa de los próximos días, ya sea basada en el MeteoSAT o en las entrañas de algún pobre desgraciado. Sabes lo que va a pasar, cómo van a reaccionar, dónde vas a perder y dónde vas a ganar. Has aceptado tus sacrificios y tus recompensas, has acordado dónde avanzar y de dónde retirarte. Es un acuerdo, un trato con el enemigo. Los tuyos mueren allí. Los míos mueren por aquí. Y nos vemos el próximo día.

Pero no, todo tiene que irse al traste. La soldadesca se acobarda, duda y no avanza allí donde sabes que aplastarían al enemigo. El terreno resulta que tiene un bosquejo desconocido, o un camino de cabras que nadie había dibujado. A los puñeteros dioses no les da la gana de cumplir con sus promesas y cae una lluvia torrencial allí donde debería haber brillado el sol. Resulta que el capullo del general de no sé qué regimiento no había tenido las agallas de admitir que la mitad de su compañía había desertado. Y todo se va al garete y acaba como una pelea entre equipos de cuádrigas rivales, que el bastardo de Dios nos pille confesados.

Lo único que quieres es un poco de control, de orden, en tu miserable e interminable vida llena de incompetentes que no saben hacer su trabajo. Algo íntimo y personal, algo entretenido que mezcle

lo calmado y lo furioso. Lo descubres. Te maravillas. Lo cultivas. Lo preparas. BDSM, lo acaban llamando. Delicioso, hermoso, excitante. Pero todo se va al garete.

Por más que planifiques, aparece alguna fisura, algún defecto, alguna pequeña inconveniencia. Los demás no parecen notarla, o están suficientemente metidos en su espacio como para poder ignorarlo. Están en mitad de la batalla, derramando sangre, gemidos y gritos en base a unas vagas directrices que, aunque van bien, sabes que podrían ir mejor.

Puede ser mejor.

Puedes hacerlo perfecto.

Pero necesitas tiempo. Y éste pasa. Empiezas a notarlo, a percibirlo. ¿Y si pasa demasiado? ¿Cuándo dejarán tus manos de ser capaces de tirar de las cuerdas sin que te duelan las articulaciones? ¿Cuándo la piel estará demasiado seca, demasiado cansada, como para tolerar el dolor sin sufrir daños? ¿Cuándo fallará la vista, te temblarán los dedos o las rodillas o te faltará la respiración allí donde tus pulmones aguantaban?

Necesitas esa perfección. Necesitas tiempo. ¿De dónde lo sacas? ¿De dónde lo obtienes? Ese precioso y escaso recurso, consumido un poco más cada día, esa valiosísima moneda con la que sabes que puedes materializar ese plan, esa visión, con la que desafiarás a todos los dioses de la guerra, la lujuria y la moralidad que sus patéticos diseños no son más que burdas excrecencias de ganado bovino en comparación con el vicio hecho carne, herida, cuerda y cuero que tienes en mente. Perfecto, perfecto, perfecto, perfecto, es perfecto y lo quieres perfecto y ellos no saben nada, no pueden saberlo, insulsos, insignificantes que osan pedir tus oraciones y culto cuando no merecen un ápice de tu fe y adoración

Pero me lo han dado. Tengo ese tiempo. Me entendían. Me abrazaron en su seno, en su cometido, en su sangre. Lloraban carmesí con mis mejores intentos, con mis casis y mis por pocos. Paralizados por la belleza, por lo que sabían que quería llevar a cabo pero mi frágil cáscara mortal y perecedera me impedía. Me dieron su bendición. Se entregaron a mis brazos. Me entregué a los suyos.

Me enseñaron. Les enseñé.

Conseguí mi perfección. Un cuadro impresionista de sufrimiento extático, de genitales y fluidos y obscena humedad seca y pegajosa. Los jadeos entrecortados por los labios en los que se hundían colmillos, los gritos ahogados por la tráquea que no puede ni necesita ya respirar. La sangre que mana, fluye y empapa, los dientes marcados en deliciosa armonía con manos enrojecidas que se agarran a las líneas matemáticamente paralelas dibujadas por las fustas. El orgasmo es el medio, es el fin, no es nada y lo es todo. Puedo verlo, puedo grabarlo en la mente y me deleito, y lloro, y gimo, y tiemblo, y me paralizo. Es indescriptible. Es hermoso.

No es suficiente.

Lo que podría haber sido la magnum opus de cualquier ser humano, para mí no es más que una agradable anécdota. Sólo he podido conseguirlo porque ya no estoy constreñido por las limitaciones de la mortalidad. ¿En qué nivel se encuentra cuando lo comparas con aquellos diseños que han tenido décadas o siglos para ser llevados a cabo? Mi obra está vacía. Para lo que soy ahora, es mediocre. Con la inmortalidad por delante, es burdo, poco más que un prototipo, un intento glorificado por un principiante que ha tenido acceso a mejores herramientas.

Qué macabra broma es ésta. Qué chiste tan cruel, del que sólo ahora le veo la gracia, mientras me desquicio en solitario en mi mazmorra. Nunca quisieron bendecirme. Me tenían envidia. Sabían - saben- que la perfección sólo existe cuando estás limitado, cuando hay una cuenta atrás que permite poner un fin y una guinda a ese precioso pastel. Roto el reloj, rotas mis esperanzas, roto mi deseo, rotas mis pretensiones. Me han maldecido. Lo hubiera logrado, en mis últimos días, macilento, ciego y agotado, peor lo habría conseguido.

Ya no hay últimos días. Todos los días son el mismo, el principio y el fin, y nada avanza ni fluye salvo la sangre por mi boca. Todos los vicios que me han descubierto, los nuevos fetiches, las nuevas perversiones, son distracciones, son trampas. Nunca fueron herramientas. Son agujeros donde la oscuridad se extiende hasta el infinito, donde no hay fondo. Oh sí, me hundo en ellos, me corro y me desahogo con virulencia y desesperación en todos y cada uno de ellos, porque eso es todo lo que me han dejado. Cuero, látex, carne y hueso, y ambrosía carmesí. Ahora formo parte de ellos, de su grupo, de su lujuria. Me han degradado. Me han puesto a su nivel. Porque yo, en vida, era demasiado brillante, como el sol que ahora nos quema y nos desgarrar. No podían tenerme si no era en igualdad en condiciones. Qué justos por su parte. Qué ecuánimes. Ahora puedo jugar con los demás niños. Con los demás muertos. Con estos cadáveres que somos, sedientos de hemoglobina, deseándonos los unos a los otros conscientes de que ya no nos queda nada.

Nunca es el momento perfecto.

Nunca podrá serlo.

Y, Dios, cuánto estoy empezando a disfrutarlo. Si sólo pudiera encontrar a alguien como yo...